COLOR HISTORIETAS
JORNADA
COLOR PARA NIÑOS
Página 1
Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 12
Octubre 17 de 1931























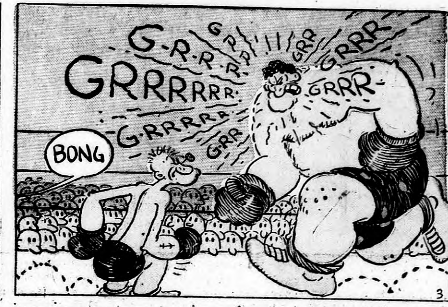


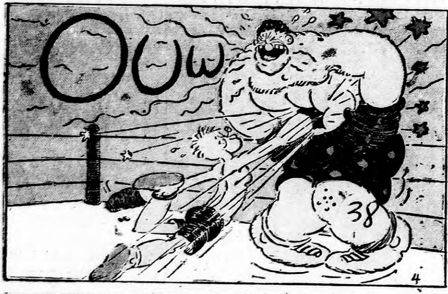














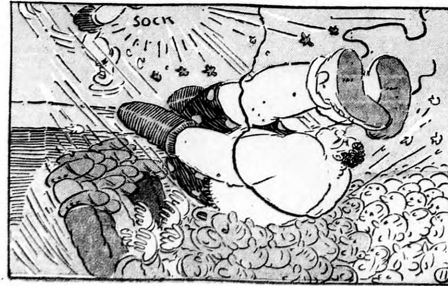














EL GENIO MARAVILLOSO



UN pobre pastor árabe vivía con su esposa al borde de un inmenso desierto. Un día se le extravió una de las vacas de su amo. Mientras que recorría el arenoso desierto en busca del animal, encontró una caverna que penetraba por debajo de un elevado cerro. El pastor encendió una antorcha y se puso a explorar la cueva creyendo que tal vez allí se hubiese metido la vaca que buscaba. Pero sólo encontró un extraño cajón.

Lo arrastró hasta afuera de la cueva y lo abrió. Al romper la tapa para ver lo que contenía el cajón, comenzó a salir humo y adentro se oyó un ruido como el que se oye cuando va a desatarse una tempestad. El humo era tan espeso que obscureció el lugar donde estaba el pastor.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, ese vapor negro tomó la forma de un gigante, y el Genio le dijo al pastor:

—¿Por qué has tenido el atrevimiento de venir a incomodarme? ¿Sabes la suerte que te espera? Mientras puedas darme trabajo que me tenga ocupado día y noche yo seré tu siervo, pero si me dejas ocioso aunque sea por un minuto, te mataré y recorreré furioso de un extremo a otro de la tierra hasta que no quede nada que pueda destruir.

★ ☆ ★

El pastor miraba el desierto y en sus ojos había una extraña expresión de espanto. La extensión de terreno antes arenosa comenzaba a transformarse, surgiendo palacios-casas.

☆ ★ ☆

BIEN OCUPADO

Yo te daré suficiente trabajo para mantenerte bien ocupado — dijo el pastor muy osadamente, — encontrarás la carpa donde vivo, allá, en el borde del desierto. Comienza edificándome allí el mejor palacio que haya en el mundo. Eso te mantendrá ocupado durante algunos meses, y cuando hayas acabado yo tendré lista otra cosa para darte.

El Genio desapareció y el pastor se dirigió a su morada para contarle a su mujer lo que le había pasado. El pastor no pensó ni por un instante que corría algún peligro. Como era un hombre ambicioso, se imaginó que podría mantener al Genio ocupado todo el tiempo en la construcción de un reino, en el cual hubiese muchas ciudades, con anchas calles y avenidas, con hermosos e importantes castillos y grandes campos sembrados de trigo.

Pero imaginaos cuál no sería su sorpresa al llegar al sitio donde esperaba hallar un humilde rancho y a su señora, y se encontró, en cambio, con un suntuoso palacio. Su esposa lo estaba esperando de pie al lado de la dorada puerta; en sus ojos había una mirada de indescriptible asombro. Pero antes de que pudiese decir una palabra se le acercó el Genio y le dijo: ¡Trabajo! ¡Dame más trabajo, yo quiero trabajo!

500 CRIADOS

A pesar de que el pastor era un hombre de mucho temple, no obstante se sintió medio desorientado y sin saber qué decir. Según podía ver, ese Genio hacía las cosas más difíciles en menos tiempo de lo que se demora en pensar. Pero en vista de que el lugar estaba vacío, el pastor le dijo:

—¿Para qué quiero yo un palacio vacío? Quiero que me traigas quinientos criados fuertes, sanos y de buena apariencia y mil doncellas.

El Genio desapareció y luego el pastor se dirigió a su morada para contarle a su mujer lo que le había pasado.

—Comienzo a tener miedo dijo el pastor. — Al principio no cabía en mí de contento al pensar que llegaría a ser el rey más rico y poderoso del mundo, pero este terrible Genio lo hace todo con una rapidez tan asombrosa, que muy pronto me será absolutamente imposible encontrar qué darle a hacer.

10 CIUDADES

—Yo creo que podré darle algo en que mantenerle ocupado bastante tiempo — dijo la señora. — Sigue tú ocupándole en lo que quieras y cuando no tengas más que darle, yo le daré algo que hacer.

La mujer fué interrumpida por el regreso del Genio, el cual les dijo:

—Aquí tienes a tus siervos, quinientos robustos jóvenes africanos y mil bellas doncellas circasianas. ¡Dame más trabajo, más trabajo!

—Convierte este desierto en fértiles campos sembrados de trigo y en ricos pastos para ganados — dijo el pastor, señalando hacia el vasto campo arenoso que se extendía ante el palacio. Edifícame diez grandes ciudades, cincuenta pueblos y ochocientas aldeas. Cávame diez grandes ríos y cien arroyos más pequeños y hazme caminos por todas partes.

MUY ASUSTADO

El Genio salió de su presencia y la mujer le dijo al marido: — Veo que estás realmente asustado, pues, de no ser así habrías pensado primero en algo de comer y ropa para que nos vistamos. Espero que el Genio podrá ejecutar pronto lo que le has mandado hacer, porque si no, no sé cómo vamos a alimentar a mil quinientos esclavos. ¡Pero... no me oyes? ¿Qué te pasa?

El pastor estaba mirando el desierto y en sus ojos había una extraña expresión de espanto. La extensión de terreno antes arenosa comenzaba a transformarse y allá en el borde formado por el horizonte se veía una línea verde que parecía la ribera de un mar de esmeralda.

Luego, como una avalancha, el verdor se extendió por todo el desierto y se vió el trigo cubierto de doradas espigas y la yerba verde fresca, tierna, abundaba en forma extraordinaria por toda la llanura. Y aquí y allá corrían los ríos de abundosas aguas, teniendo a ambas márgenes abundosas arboledas; y florecientes ciudades, pueblos y aldeas estaban desparramados por todas partes.

MAS TRABAJO

¡Más trabajo, más trabajo! — gritó el Genio otra vez.

—Queremos alimentos para nosotros y para nuestra servidumbre —díjole el hombre, temblando de miedo — y mi esposa y yo queremos que nos vistas con ropas hechas de hilos de oro que sean más finas y más suaves que la seda.

—¿Crees que yo no sé cómo amueblar un palacio construído para un gran rey? — exclamó enfurecido el Genio. — Todas esas cosas ya están en tu palacio junto con muchísimos diamantes y gemas de todas clases. ¡Quiero trabajo, más trabajo!

—Quiero que me formes un grande y poderoso ejército — dijo el pastor, desesperado. — Llena mi reino con muchísimos millones de obreros y agricultores.

—Ya lo he hecho — respondió el Genio con voz de trueno.— ¡Más trabajo, dame más trabajo! No tengo qué hacer; no quiero estar ocioso.

El pastor estaba tan asustado que no pudo pensar en ninguna otra cosa que darle al Genio; pero su esposa deshizo sus largas y hermosas trenzas, con su cabello ondulado, y, tomando una de las hebras se la dió al genio y le dijo que hiciera el favor de enderezarla de manera que no se encrespase más.

△ ◉ △

Un pobre pastor árabe vivía con su esposa al borde de un inmenso desierto. Un día se extravió y encontró una caverna.

▽ ◉ ▽

El Genio dió un gemido, un gemido de desesperación, y desapareció para siempre, dejando al pastor y a su hábil esposa en el trono del reino más feliz de la tierra.

KAID EL REY DE LA INDIA



He obtenido el mejor galardón — dijo el sabio — al inventar un juego que los hombres de todos los tiempos han de conocer

EL gran rey Kaid de la India comenzaba a sentir hastío de la vida monótona que llevaba. Durante años había sido un gran guerrero, pero ya había vencido y conquistado a todos sus enemigos; en su reino no había ni un solo rebelde, y los reinos vecinos le pagaban los tributos con toda regularidad y exactitud.

—No puedo ir a la guerra sin tener razón para ello — dijo Kaid —, pues eso desagradaría a los dioses, y, sin embargo, no hay ninguna cosa que me interese. Yo daría cualquier cosa al hombre que inventare algo que me interese de manera que la vida no se me haga tan monótona y pesada.

Hallábanse presentes muchos cortesanos. Entre ellos había un anciano muy sabio, el cual oyó con mucha atención todo lo que dijo el rey. Salido que hubo del palacio del rey, se retiró a su casa y tomando algunas hojas de pergamino, pluma y tinta, se encerró en su habitación. El sabio anciano pasó varios días encerrado en su cuarto, y sólo salía a comer, para luego volver a encerrarse. Al cabo de quince días hizo llamar a Talachand, hábil artífice en marfil, y le encargó labrar treinta y dos figuritas de marfil según el modelo que él le explicó detalladamente. Las piezas constarían de dos reyes y dos reinas, cuatro guerreros montados a caballo, dos castillos modelados según el estilo de una famosa fortaleza que había cerca de Delhi y otras piezas de diversas formas y tamaños. La mitad de todas estas piezas debían ser blancas y la otra mitad coloradas.

Talachand trabajó con mucha diligencia y talento en la elaboración de las piezas, y al cabo de quince días se las presentó al sabio anciano, quien quedó muy satisfecho con la obra.

★ Traducción del inglés por E. PALACCI

ALGO EXTRAÑO

Mientras tanto el sabio había mandado hacer un extraño tablero de madera muy fina. Era un tablero cuadrado en el cual había sesenta y cuatro divisiones exactamente iguales y que eran alternadamente blancas y rojas. Nadie había visto jamás un tablero de esa clase, y la gente que lo veía se preguntaba cuál sería el objeto a que el sabio lo iba a destinar.

Cuando estuvieron listos el tablero y las piezas, el sabio anciano los llevó al palacio del rey. No bien avisaron al soberano que el anciano solicitaba una audiencia, el rey ordenó que lo hicieran pasar.

—Vuestra majestad —dijo el anciano— prometió hacer cualquier cosa que sugiriese la persona que pudiese interesaros en alguna nueva ocupación. ¿Vuestra majestad está dispuesto aún a cumplir esa promesa?

—Sí, ciertamente —replicó el rey— haré cualquier cosa por el hombre que pueda hacer algo que me alivie del hastío en que vivo.

—Muy bien, dijo el anciano, ordenando las figuritas en el tablero en dos hileras, una enfrente de la otra. Aquí tiene vuestra majestad una nueva clase de guerra incruenta, en la cual no se derrama una gota de sangre, no se incendian poblaciones, no se dejan niños huérfanos, y que, sin embargo, os causará bastante exaltación y requerirá todo vuestro talento estratégico si es que habéis de ganar.

Esto interesó mucho al rey y mientras el anciano le explicaba cómo se hacía la guerra con las figuritas de marfil sobre el campo de batalla, que era el tablero cuadriculado, el rey se sintió muy cautivado y desapareció el hastío.

—Este rey blanco es vuestra majestad —dijo el anciano— y para que vuestra majestad gane la batalla, es necesario que os mantengáis sereno, pues esta guerra se gana por la habilidad y talento, que no por la fuerza.

Procedió luego el anciano a explicarle el movimiento de las diversas piezas: cómo unas cruzan en cualquier dirección, otras se mueven diagonalmente, y los guerreros a caballo avanzan un poquito a un lado y luego dan un saltito diagonalmente. Algunas de las piezas saltan muchas casillas a la vez, mientras que otras sólo pueden avanzar una casilla.

AJEDREZ

El rey estudió esta nueva clase de guerra durante muchas semanas, y al fin consideró que había llegado a comprender perfectamente el sistema y le dió el nombre de "El Rey", o "Ajedrez", que quiere decir la misma cosa.

Entonces el sabio anciano reclamó la remuneración que se había prometido.

—¿Qué quieres que te dé? — preguntó el soberano — pídeme lo que quieres y te será dado hasta la mitad de mi reino.

—Yo no quiero ni dinero ni joyas —replicó el anciano —todo lo que pido es que vuestra majestad me dé un grano de maíz por el primer cuadrito de este tablero, que lo duplique para el segundo y luego igualmente para el tercero y todos los demás, es decir: un grano por el primer cuadrito, dos por el segundo, cuatro por el tercero, ocho por el cuarto, diez y seis por el quinto y así sucesivamente, hasta llegar a los sesenta y cuatro, eso es todo lo que desearía, nada más.

—Por supuesto que se te dará — respondió el rey, — pero eso no es nada en recompensa por lo que has hecho, déjame añadir también cien "lacs" de rupees.

—No, vuestra majestad — dijo el anciano con mucha modestia— agradezco vuestra generosidad, pero yo quedaré muy satisfecho si me otorgáis eso.

—Muy bien, dijo el rey, y haciendo llamar al tesorero del reino, le dijo que contase el número de granos.

—Ruego a vuestra majestad se digne enviarlos a mi casa — añadió el sabio anciano. — A esto también accedió el soberano, aunque, según dijo, no alcanzaba a comprender por qué el anciano no se llevaba el maíz, puesto que se trataba de una cantidad tan pequeña.

El tesorero se dirigió a su despacho. Al cabo de un par de horas, regresó consternado y confuso.

—¿Has enviado a ese anciano lo que pidió? — preguntó el rey.

—No, vuestra majestad, — respondió el tesorero — es imposible enviar lo que pide; lo que ese anciano ha pedido es de un valor mayor que todo el reino de vuestra majestad.

—¿Qué? —preguntó el rey asombrado. — ¿Qué dices?

GRANOS DE MAIZ

—Vea, vuestra majestad, para darle un grano de maíz por el primer cuadrito, dos por el segundo, cuatro por el tercero y así hasta los sesenta y cuatro cuadritos del tablero, significa que tenemos que entregarle en total, 18.446.744.073.709.551.615 granos de maíz, y en todo el mundo no hay ni la milésima parte de esa cantidad de granos de maíz, pues su valor sería de £ 3.835.966.239.667.

El rey no quiso creer lo que le decía el tesorero hasta que hizo la operación en su presencia. Entonces el propio rey se quedó maravillado. En ese momento volvió a presentarse el sabio para pedir su premio. El rey, muy alarmado, le preguntó si se había dado cabal cuenta de lo que había pedido.

—Pero vuestra majestad prometió darme hasta la mitad de vuestro reino — dijo el anciano.

El rey no respondió. Después de un rato de profundo silencio, el anciano se expresó del siguiente modo:

HABLO EL ANCIANO

—Mi rey. No aspiro a ninguna recompensa por haber enseñado a vuestra majestad que hay cosas que interesan en la vida aparte del arte de matar y destruir, y he logrado que el más grande de los monarcas comprenda que ni aun él puede cumplir todas las promesas que hace sin premeditación, impulsado sólo por el orgullo o las pasiones, y yo habré obtenido el mejor galardón a que podía aspirar por haber inventado un juego que los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones tendrán deleite en aprender a jugar.

Y, ciertamente, el anciano tenía razón, pues el ajedrez que fué así inventado, ha llegado a ser el juego de los juegos.

Las palabras del anciano no cayeron en el vacío. No hay pueblo o raza que no tenga cultores del ajedrez, y para mayor honor suyo, rara vez o para decir mejor nunca, interviene el dinero como aliciente. Inteligencia, paciencia, voluntad de vencer, son las calidades humanas que predominan en la obtención del triunfo, y es por ello que se le considera el rey de los juegos.

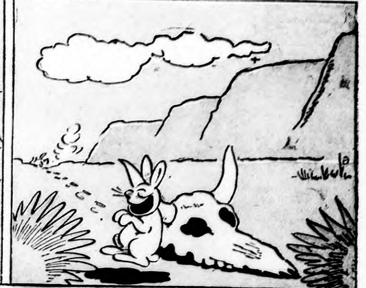
★ Ilustración de PREMIANI











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA





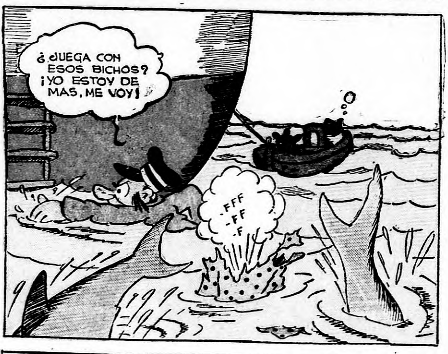




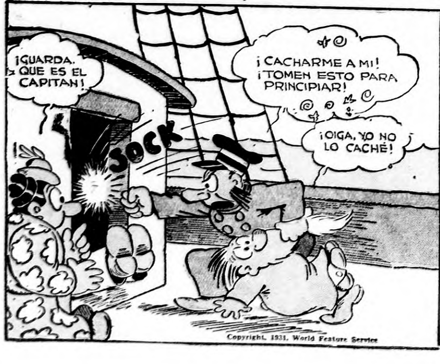
















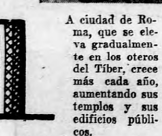
EL CONTRAMAESTRE AZULMARINO NO ES UN SUJETO ANTIPATICO, COMO LO VERÁN MAS ADELANTE

CONTINUARÁ

LA ROCA DEL CA

SAQUEADA ROMA POR LOS GALOS, EL CORAJE EJEMPLAR DE CAMILLUS LA SALVA DE LA DESTRUCCION TOTAL

Todos aquellos que no podían pelear huyeron de Roma, ya abierta por las vanguardias galas prontas para el pillaje más horrible. Entre los fugitivos veíase a las vestales llevando el incensario y el fuego sagrado



LA ciudad de Roma, que se eleva gradualmente en los oteros del Tíber, crece más cada año, aumentando sus templos y sus edificios públicos.

Cada ciudadano romano ama su ciudad y trabaja por su engrandecimiento por encima de todas las cosas. Con todo, entre ellos hay muy pocos ricos; la riqueza está constituída, generalmente, por unos pocos acres de terreno, que ellos mismos deben cultivar, ayudados por sus familiares y algunas veces por pocos esclavos, y la bella campiña romana, aparece desde la distancia, con sus colinas verdes, como sembrada de amatistas. Estas bellezas, casi son inhabitables, debido a los pestilentes aires, pero sus terrenos son ricos y fértiles, llenos de pequeñas propiedades cuidadosamente cultivadas, donde el trigo crece magnífico con un escaso esfuerzo y donde los rebaños de ovejas y cabras pacen en esas feraces tierras.

LABRADORES

Los poseedores de estas tierras, en días especiales, abandonan sus ropas usadas en las rudas faenas de campo y visten sus togas blancas ribeteadas de púrpura y se cubren con anchos sombreros de paja de copa alta, y se dirijen a la ciudad, yendo al Foro o a la Plaza del Mercado a depositar su voto en la elección de los miembros del Estado, que se renueva cada año. Se eligen especialmente a los dos Cónsules, cuyas funciones son las de reyes, y visten togas purpúreas, ricamente bordadas, se sientan en sillones de marfil y son llevados por los lictores sosteniendo en la mano un haz de juncos con un hacha, cuando van a ejercer justicia. El Senado, formado por los patricios, o sean ciudadanos de elevada alcurnia, es el más grande concilio romano, y del seno de él deben salir los cónsules. Ellos deciden por la paz o la guerra, hacen las leyes y son los verdaderos gobernantes del Estado y su porte lleno de grave dignidad impresiona fuertemente a todos aquellos que se les acercan.

Por encima de los edificios de la ciudad, más arriba de la colina capitolina, donde están el templo de Júpiter y las gruesas murallas, está la ciudadela de Roma, el Capitolio, que es el centro de su fuerza y de su poder.

Cuando la guerra ha sido declarada, todos los ciudadanos romanos capaces de llevar armas son llamados y se reunen en el Forum, llevando sus corazas, sus espadas cortas y sus pesadas lanzas, y los oficiales, designados con el nombre de Tribunos, escogen cierto número de hombres y forman sus Legiones, y el ejército marcha entonces llevando a la cabeza de él a uno de los Cónsules.

Numerosos y pequeños estados o tribus italianas, rodean la campiña romana, y conservan casi las mismas costumbres que Roma, razón por la que no transcurre un año sin que se produzcan guerras. Tan pronto como han concluído las cosechas, las legiones marchan, la multitud de hombres ocupa las colinas y los niños y las mujeres son conducidas a los valles y la lucha comienza, concluyendo muchas veces con la destrucción de las ciudades de los vencidos. Las legiones romanas no siempre obtienen las victorias, y entonces, suspenden el asedio de las poblaciones rivales y esperan al año siguiente para reanudar la guerra y así gradualmente, van venciendo a todos sus vecinos de la parte central de Italia.

LOS GALOS

Era común la guerra entre las fuerzas itálicas y las etruscas, guerras que duraron por más de 400 años, hasta que apareció un enemigo extranjero y salvaje. Eran los galos. De enorme talla, fuertes, aguerridos, membrudos y de cabellos rojizos, eran de la misma raza que los highländers de Escocia. Se habían ido alejando gradualmente del centro de Europa y muchas generaciones habían vivido en las regiones montañosas de los Alpes, hasta que descendieron a las ricas llanuras del norte de Italia, destruyendo a su paso y entregando al pillaje todas las poblaciones que encontraban. Cuando una región era completamente despoblada, como consecuencia de su ferocidad, allí se asentaba este pueblo bárbaro.

Y así, los galos conquistando las poblaciones del norte y los romanos las del sur, llegó un momento en que dos pueblos feroces se encontraron uno frente al otro.

Una vieja historia romana nos dice que los galos tenían un habilísimo jefe a quien, los historiadores latinos llaman Brennus, pero cuyo verdadero nombre era seguramente Bran, y de quien se decía que había venido de Britania. Había tomado grandes huestes de galos para atacar Clusium, una ciudad toscana, y sus habitantes solicitaron ayuda a Roma. Tres emisarios, tres hermanos, de la vieja y noble familia de los Fabius, fueron enviados a Roma para interceder por los clusianos.

Entonces se preguntó a Brennus qué ofensa le habían hecho los habitantes de Clusium, para que los galos les declarasen la guerra, de acuerdo a los principios de Plutarco; Brennus respondió que la ofensa consistía en que los clusianos poseían las tierras que los galos querían para sí, remarcando que era ese el mismo camino seguido por los romanos con sus vecinos y que eso no tenía nada de cruel ni de injusto.

Conocida esta respuesta por los Fabios, la que demostraba que los galos no se sujetaban a ninguna regla y que eran bastante atrevidos para no respetarlas, y que ningún emisario podría obtener nada de ellos, los Fabios reunieron a los clusianos y uno de los tres hermanos, Quintus, mató en singular combate a un enorme y distinguido jefe galo. Brennus, justamente enfurecido, envió mensajeros a Roma, solicitando la entrega de los hermanos para vengar la ofensa. Los sacerdotes y cierto número de senadores sostenían que había sido una temeridad la cometida por los jóvenes Fabios y que merecían la muerte por haber roto sus tratados con Roma, pero fueron defendidos brillante y largamente por su padre, quien no sólo evitó que fueran entregados a los galos, sino que fueron nombrados los Tribunos que debían guiar las legiones en la guerra que era inminente. Y aun más, se dirigió al pueblo persuadiéndolo que debía conducir a sus hijos despertando una especie de devoción, poco común entre los viejos romanos, de la cual fueron severamente castigados por los acontecimientos.

EL PILLAJE

Entre tanto los galos se habían exasperado más aún y apresuraban una respuesta de los del sur, continuando el pillaje de todos los pueblos que encontraban a su paso, y declarando que ellos eran amigos de todos los pueblos, excepción hecha de Roma. Los romanos, por su parte, reunieron sus tropas, sin haber solicitado el consejo de sus sacerdotes y sin haber hecho los sacrificios que acostumbraban para merecer la protección y ayuda de sus dioses. Pues, siempre entre paganos, ellos afirmaban como cosa cierta que: "Un corazón malvado hacía débil las manos", y la lucha en las riberas del río Allia, más que una lucha fué una derrota. Los soldados romanos fueron muertos y sus filas deshechas. Algunos huyeron a Veii y a otras ciudades y muchos fueron muertos al cruzar el Tíber, y muy pocos alcanzaron a llegar sanos y salvos a Roma para comunicar la derrota y anunciar que los galos los seguían.

EL ATAQUE A ROMA

Los galos bien pudieron haber perseguido a los romanos en su retirada, y la nación romana y sus súbditos hubieran desaparecido bajo el golpe de sus espadas, pero los galos perdieron tres días en celebrar y repartir su botín y esto dió a los romanos el tiempo suficiente para tomar sus precauciones de seguridad y de defensa. Parecía, sin embargo, que no hubiesen sido capaces de defenderse dentro de la ciudad. Sus soldados habían sido completamente dispersos, pero todos los ciudadanos que aun quedaban en el recinto de la ciudad, fueron llamados, y sostenidos por su coraje y valentía, hicieron acopio de todas las provisiones posibles en el Capitolio, y resolvieron permanecer en él, hasta que sus fuerzas dispersas volvieran a reunirse o que los galos se marchasen, después de haber tomado la revancha con el pillaje de la ciudad.

Todos aquellos que no podían pelear, huyeron de Roma, llevando consigo cuanto les era posible, y se podía ver entre esa multitud, grupos de vestales, cubiertas de blancos velos, llevando el incensario y el fuego sagrado que custodiaban y que no debía ser apagado. Un hombre, llamado Albinus, que guardaba a las vestales, marchó con su familia y los tesoros del templo en un carro, hasta la próxima ciudad de Cumae, que ofrecía mayores seguridades.

LOS OCHO SENADORES

Las únicas personas de Roma que no quedaron en el Capitolio, fueron ocho de los más viejos senadores y algunos sacerdotes. Eran demasiado viejos para poder huir y tampoco podían ser refugiados en el Capitolio, donde consumirían las provisiones de los hombres que debían defenderlo; pero muchos de ellos encontraron una heroica muerte ofreciéndose a las espadas de los bárbaros, con el pensamiento de que eran ellos quienes debían expiar una ley sancionada por la República y que sus muertes contribuirían a salvar a la nación. Esta creencia de que una muerte servía para la expiación de los errores de un pueblo, fué la más extraña práctica y era cumplida en el mundo antiguo por cualquier ciudadano.

ANTE LAS PUERTAS

Los galos por fin llegaron. Las puertas de las murallas estaban abiertas, las calles aparecían desiertas y silenciosas, las casas, cuyas puertas permanecían abiertas, no mostraban a nadie en su interior. Ningún ser viviente se encontraba en la ciudad, y los galos llenando las calles ocuparon el Forum y allí hicieron su campamento, encontrando con sorpresa en una de las galerías, sentados en sus sillones de márfil, vestidos con mantos blancos ribeteados de púrpura, con los cabellos y la piel palidísima, con las piernas y los brazos desnudos, sosteniendo en sus manos unos bastoncillos de marfiles, majestuosos, inmóviles, a los senadores y sacerdotes. Los galos quedaron tan impresionados, que ninguno acertó a moverse, no sabiendo si se trataba de hombres o de estatuas. Una extraña escena debió desarrollarse, entre estos tostados hombres, de cabellos rojizos, de horrorosas caras, abriendo sus diminutos ojos y alzando sus pesadas espadas, entrando curiosamente dentro del recinto de la plaza del Mercado, unos después de otros: todos desorientados y silenciosos ante el espectáculo de esas grandes figuras de apariencia humana, inmóviles, y cuya única muestra de estar vivos era la humedad de sus ojos renegridos. Indudablemente los galos temieron encontrarse en la presencia de ese conjunto de reyes que se decía que gobernaban Roma, o quizás, delante de los mismos dioses. Por fin un galo, más valiente o quizás más curioso que los demás, se acercó a una de estas venerables figuras para probar si era de carne y hueso, y ésta le tiró las barbas. Este era el mayor insulto que se podía inferir a un galo y más aun si éste provenía de un romano, de modo que el galo dejó caer su pesada espada sobre la cabeza del ocupante del sillón de márfil. Toda la reverencia que habían despertado desapareció con este golpe e inmediatamente se despertó en ellos el ansia de matar y la furia de estos salvajes crecía más y más después del primer golpe, matando a todos estos ancianos en sus propias sillas.

Poco después las tropas galas se dispersaron por la ciudad, entregándose al pillaje, la destrucción y el incendio. Para poder tomar el Capitolio, comprendieron que eso estaba más allá de su poder y pensaron en sitiar a sus defensores. Simultáneamente, empleaban su tiempo en revisar todos los valles cercanos y en destruir todas las casas y templos que aun habían quedado en pie, resistiendo la acción del fuego, mientras que los defensores del Capitolio, desde su altura, contemplaban esta obra de desolación y barbarie. Los romanos que tenían tanta fe en sus dioses, al contemplar estas ruinas, creían ver un aviso sobre la protección que habían prestado a los Fabios, pero los acontecimientos los habían llevado a tal extremo, que resolvieron no transgredir ninguna ley sagrada, en adelante. Entre tanto, los alimentos comenzaban a escasear y las penurias se acrecentaban entre los sitiados. Por ese entonces la fiesta dedicada a Juno se aproximaba y era necesario hacer un sacrificio en su templo. Uno de los Fabios, Dorso, creyendo que la furia de los dioses se aplacaría con un sacrificio realizado en el día de su fiesta, en la colina del Quirinal, se vistió con el manto blanco del sacrificador, y tomando las imágenes sagradas y sus armas, salió del Capitolio hacia el centro mismo de los bárbaros, donde estaban las ruinas del templo en el que regularmente se cumplían los ritos.

Los galos, viendo que se trataba de una ceremonia religiosa, lo dejaron pasar entre ellos, sin tocarlo, y pudo volver sano y salvo.

Entretanto, Brennus, que había cumplido sus conquistas en los valles vecinos, decidió atacar el Capitolio, reunió sus tropas y aguardó pacientemente el momento de dar el ataque definitivo, mientras que los defensores de la ciudadela, afligidos por la escasez de víveres y las enfermedades, iban decayendo cada día.

¿Quién estaba como jefe de las tropas romanas sitiadas en la ciudadela del Capitolio?

LOS DEFENSORES

En ese entonces existía un ciudadano llamado Marcus Furius Camillus, quien, y sin duda alguna, era el primer soldado de Roma y que había tomado casi todas las ciudades italianas del sur, especialmente aquella de Veii, cuyos habitantes habían sido los más peligrosos enemigos de las legiones romanas.

Por sus triunfos guerreros, despertó envidias entre los poderosos jefes romanos y fué víctima de una falsa acusación, afirmándose que había reservado para sí una gran cantidad del botín tomado en Veii. Esta acusación era demasiado grave para que pudiese continuar en su puesto; y como vivía en la ciudad, fué obligado a pagar una multa considerable. Retiróse entonces al pueblo de Ardea, donde, al ataque de las huestes de Brennus, fué llamado nuevamente a prestar sus servicios a la República.

Camillus inmediatamente se ofreció a los magistrados

Roma siempre h
sus enemigos, has
ron los galos, fe
El orgulloso roma
ció la derrota en

PITOLIO



Brennus, creyéndose en plena victoria, pronuncia el trágico Vae Victis. Empero, Camillus no cede ante la imposición del jefe galo se apresta de nuevo a emprender la sangrienta lucha

para tomar la defensa de la ciudad y reuniendo a todos los hombres capaces de llevar armas se dirigió contra los galos y sorprendiéndolos de noche, salvó a la ciudad de Ardea. Todo esto era sabido por los romanos que se hallaban dispersos a lo largo del camino de Allia y comenzaron a recobrar sus perdidas esperanzas y creyendo que Camillus sería el jefe, confiaban en que recobraría el honor pisoteado de Roma y salvaría a los sitiados del Capitolio.

Entretanto, un mensajero fué enviado a Camillus con el fin de hacerle saber que se necesitaba de él para que tomase el mando de las tropas del Capitolio, a lo que respondió Camillus: "Yo soy un simple exilado y no puedo tomar a mi cargo las legiones romanas sin un decreto del Senado, dándome su autozación". El Senado, obligado por las circunstancias, estaba encerrado en el Capitolio y los galos rodeaban toda la colina, ¿cómo era posible que ese decreto llegase a manos de Camillus? Un joven, Pontius Cominus, se encargó de esta arriesgada misión. Se vistió con ropas de aldeano y se rodeó de cortezas de corcho, en el supuesto caso de que no pudiese atravesar los puentes del Tíber. Caminó durante todo el día y por la noche alcanzó las orillas, distinguiendo un guardia sobre el puente: esperó que la obscuridad fuese completa y se introdujo en medio de las aguas del Tíber, como el "buen Horacio", dejándose arrastrar hasta cerca de la colina del Capitolio. Ganó nuevamente las orillas y siguió su camino evitando los lugares donde veía luz o escuchaba algún ruido, hasta que llegó al borde de un enorme precipicio, en el cual suponía no sería visto por los enemigos. El peligro que significaba este ascenso en medio de la obscuridad no inquietó al valiente joven, quien sujetándose de las piedras y las raíces de las plantas inició su peligrosa subida hasta que llegó al borde. Allí llamó a los guardias, quienes inmediatamente lo rodearon, sin saber si se trataba de uno de los suyos o de un enemigo. El risueño eco latino que escucharon animó a estos aguerridos sitiados, quienes desde hacía seis meses no habían visto una cara joven. Los numerosos senadores y representantes del pueblo estaban entregados al sueño cuando fueron sorprendidos por este mensajero audaz, quien había llegado hasta ellos después de vencer innumerables peligros. Pontius, entonces, les hizo conocer la victoria de Ardea y que Camillus y los romanos de Veil solamente esperaban órdenes para marchar en su socorro, siendo necesario que le confiriesen todos los poderes para tomar el mando y llevar las legiones. Se produjo un pequeño debate, que dió como resultadb, después de una votación, el nombrar a Camillus dictador, un nombramiento que los romanos sólo conferían a sus ciudadanos en las grandes emergencias, y que daba a las funciones que ejercían una absoluta libertad y ningún control. Entonces, Pontius, recibiendo el decreto, emprendió el regreso, en medio de la noche, descendió por las rocas y cruzó el campo de los galos.

Este acontecimiento animó a la pequeña guarnición, pero el peligro aun no había sido alejado.

vencido a
ue aparecie-
y salvajes.
recién cono
ropio hogar

GRAVE PELIGRO

Los centinelas galos escucharon que rodaban unas piedras por las laderas del precipicio encima del cual estaba el Capitolio, y estaban seguros de que alguien había entrado y salido de sus muros. ¿Podía ofrecer resistencia a estos hombres acostumbrados a escalar los glaciares de los Alpes, la simple ladera de una colina?

Brennus escogió sus mejores montañeses y dirigidos por él subieron las escarpadas rocas, al amanecer de esa noche. Uno por uno, en el más perfecto silencio, fueron subiendo y sorprendieron a las fuerzas romanas destruyéndolas completamente, antes de que las fuerzas de Veii pudieran venir en su auxilio.

Los galos fueron subiendo tan silenciosamente, que el centinela que estaba más próximo al sitio por donde ascendían no escuchó nada, pues estaba en un estado soñoliento causado por la fatiga y el hambre. Esta tranquilidad fué interrumpida por el golpe y entrechocar de los aceros de los sitiados y sitiadores. El primero en dar la voz de alarma fué Marcus Manlius, quien pudo ver a un galo, en el preciso momento en que ponía sus pies sobre el borde del precipicio, terminando su ascensión.

Otro que acababa de subir, recibió un certero golpe de la pesada espada de Manlius que lo lanzó al fondo del precipicio. Otro más fué recibido por Manlius, quien cayó de espaldas al vacío, permaneciendo el romano por unos instantes completamente solo. El resto de la guarnición puesta ya sobre aviso se aprestó a rechazar el ataque, consiguiendo en breves instantes destruir a todos los enemigos; los centinelas dormidos cayeron al pie de la colina, y Manlius, siempre de pie, un verdadero y heroico soldado, repartía golpes a diestra y siniestra incansablemente. Entre tanto, la situación de los defensores del Capitolio era lamentable: no se tenía ya esperanza de que Pontius hubiese llegado salvo hasta Camillus y la sorpresa preparada por el enemigo afirmaba esta sospecha.

Entretanto los galos trasladaban sus muertos; sus enormes cuerpos, musculosos y recios, se veían tirados aquí y allá, cubiertos con sus cascos, a lo largo de las ruinas. Seguramente se hallaban exhaustos o era que las tropas de Camillus se hallaban próximas, pero ningún movimiento se notaba en sus campamentos. Si así fuese, éste sería un gran ejemplo para los galos para demostrarles cómo los romanos sabían destruir a sus conquistadores.

UN SUEÑO RARO

Un romano, en este estado de cosas, soñó con Júpiter, el más grandes de los dioses del Capitolio, quien apareciéndosele le advirtió que la harina que tenían sobrante debía ser hecha pan y que debía ser arrojada al campo enemigo. Cuando fué contado este sueño, se pensó que significaba que debían demostrar a los bárbaros que la guarnición no estaba encerrada y que tenía víveres de sobra. Fué aprobada esta estratagema y haciendo caso al aviso de Júpiter, toda la harina fué hecha pan y éstos soldados hambrientos lo arrojaron al campamento enemigo.

Se sabe que pocos instantes después, los centinelas avanzados de los galos, anunciaron a los sitiados que su jefe quería hablar con un jefe romano. Puestos éstos de acuerdo, el tribuno Sulpitius, salió del Capitolio y conferenció con Brennus, quien le declaró que estaba dispuesto a abandonar el Capitolio y a sus ocupantes, por doscientas libras de oro. Conocida esta proposición, Sulpitius volvió al Capitolio, donde del tesoro fueron separadas las doscientas libras de oro que fueron llevadas al campameneo de los galos donde éstos las volvieron a pesar en sus propias balanzas. En esta revisión de pesos no se incluyeron los ornamentos de oro que habían sido añadidos y que los romanos no dudaban que serían aceptados por los galos, pero que fueron apartados por éstos. Sulpitius entonces se dispuso a completar el peso total, pero Brennus, con un gesto lleno de sarcasmo, esgrimiendo su espada le gritó: "Vae victis", ¡Infelices conquistadores!.

BRENNUS Y CAMILLUS

El romano no estaba tan amilanado como para no contestar a este insulto y se volvió contra Brennus y cuando la confusión se iba haciendo grande en el campo de los galos, aparecieron en las alturas del Capitolio, rodeados por patricios y tribunos, el dictador Camillus con sus soldados.

Tan pronto como supo lo que pasaba, ordenó que el tesoro fuera nuevamente conducido al Capitolio y volviéndose a Brennus le dijo: "Es con el acero, no con el oro, como los romanos defienden a su país".

Brennus declaró entonces que el trato ya estaba cerrado y que él no podía anularlo, a lo cual contestó Camillus que él era el dictador y que nadie tenía poder suficiente para establecer ningún tratado en su ausencia.

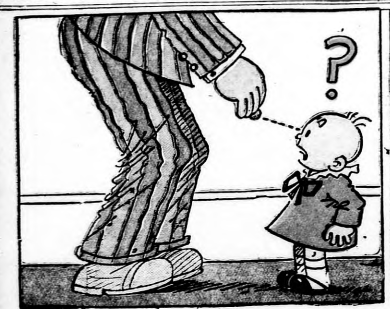
La disputa fué entonces tan violenta que ambos jefes tomando sus espadas se empeñaron en una brutal lucha en medio de las ruinas; en este instante los galos comenzaron a retroceder a la vista de las legiones romanas, que en un número no menor de 40.000 hombres se dirigían hacía ellos. Brennus al ver que no podía resistir su derrota, se mató con su propia arma.

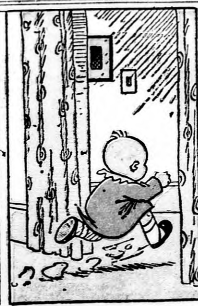
En reconocimiento a su conducta en esta ocasión, Camillus fué llamado Romulus, Padre de su país, y Segundo fundador de Roma. Marcus Manlius, recibió el honorífico nombre de el Capitolino. Y la imagen de este jefe fué inmortalizada en un busto de oro, depositado en el templo de Juno, después de haber sido paseado triunfalmente.

El recuerdo de Pontius Cominus, no aparece en ninguna parte, pero seguramente él y los ancianos senadores que murieron por su patria serán siempre recordados por su bravo comportamiento y por haber entregado su vida en servicio de su país.

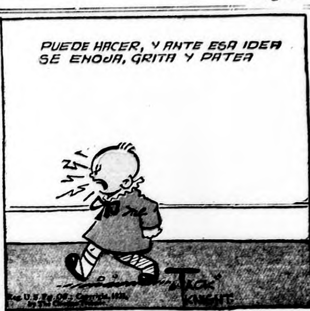
* ☆ ★ (Ilustró PREMIANI) ★ ☆ *

Charlotte M. Yonge





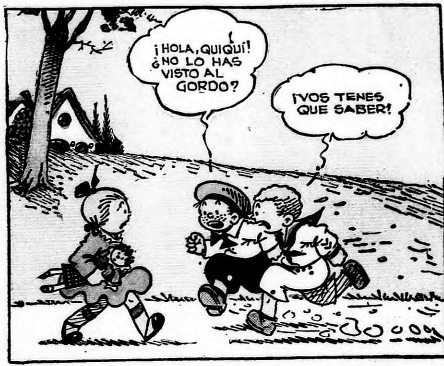


EL GORDO SE LAS DA DE INVENTOR

por J. Knight





















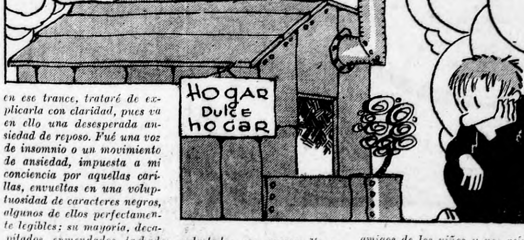




Reg. U. S. Pat. Off.: Copyright 1931, by The Chicago Tribune.

LOS VIAJES DE PICA A TRAVES DEL MUNDO





PICA era un pibe muy travieso, que a pocos días de ensayar sus primeros pasos en firme, se metió en la jaula de las gallinas, aprovechando un descuido de la mamá, y desde entonces le entró el berretín de ser gallina él también.

Como casi todos los pibes, tenía un tío muy rico y andariego que lo quería mucho y que, como se ve, era un tío distinto a todos los tíos habidos y por haber.

A este tío le hizo mucha gracia la ocurrencia de su sobrino y siempre que le preguntaba:

—¿Que quieres ser, pebete?

El pibe trataba de explicar mejor ese primer anhelo suyo con estos monosílabos:

—Pi... pi... ca... ca...

De ahí le quedó el apodo de Pica.

Cuando cumplió siete años fué al colegio y se portó tan bien y sacó tan buenas clasificaciones, que su tío le quiso premiar y se lo llevó consigo al Africa, haciendo un viaje maravilloso a través del Océano y del desierto.

Los primeros días Pica estrañó mucho a sus papás y a sus condiscípulos, pero después se fué acostumbrando a la soledad y al paisaje; se hizo amigo de un monito muy inteligente llamado "Bobo" que lo vinculó a los elefantes, a las panteras, a las jirafas, a los rinocerontes, preparándole todos los días nuevas sorpresas, muchas de las cuales no eran en realidad, muy agradables.

Sin embargo su existencia en el campamento, que levantó su tío en plena selva, se deslizaba a pedir de boca, hasta el día en que los llamados angustiosos de "Bobo" le despertaron con una amarga noticia: su tío había desaparecido de la carpa, junto con su compañero de viaje, y Pica quedó solo, librado a los dictados de su destino. Pero como cada vez era más hombrecito y le había heredado a su tío su carácter aventurero, decidió ir a buscarlo y acompañado de "Bobo" emprendió una marcha llena de incidencias.

En el camino se hizo amigo de una niñita rubia, llamada Lila y de un negrito retacón llamado Ucucha, al cual salvó de una muerte inminente. Los tres pibes y "Bobo" caminaron muchos días sobre las arenas del Africa, comiendo lo poco que podía brindarles aquella naturaleza estéril, y bebiendo, de vez en cuando, el agua de los arroyuelos; ocultándose de las fieras que encontraban a su paso y padeciendo penurias sin cuento.

Y así caminaron leguas y leguas, hasta que una tarde fueron sorprendidos por un salvaje que comía carne humana. Este salvaje horrible, los condujo al rey de la tribu y allá encontró Pico a su tío, el cual estaba prisionero e iba a ser sacrifiacdo. Encontró, también, por casualidad, a un elefante sagrado que era amigo suyo y se puso a conversar con él. Los salvajes, al ver la forma en que el elefante recibió a Pica, creyeron que éste tenía algún don sobrenatural y se asombraron hasta el límite del asombro, mirándolo desde ese momento con mucho respeto.

Muy serias y emocionantes fueron las tentativas de Pica y su tío para escapar de los salvajes. Cuando lo lograron, sintió una satisfacción muy grande. La misma que sienten los muchachos cuando empiezan a ser hombres. Le parecía haber soñado o leído en alguna parte su famosa aventura, sin sospechar que el destino le resarvaba todavía otras sorpresas mayores.

Cuando después de sufrir mucho su tío resolvió regresar a su casa, Pica se puso muy triste, pues no deseaba desprenderse de sus amigos, los elefantes de su amigote "Bobo" y de una cantidad considerable de animales salvajes; pero el tío, como sabemos, era muy rico y quiso premiar a su valiente sobrino embarcando a todos.

Pica llegó a la casa de sus papás, siendo recibido con grandes muestras de satisfacción y al día siguiente salió a la calle, a visitar a sus condiscípulos, a los cuales les enseñó todos sus animales y se puso a jugar al circo con ellos. Levantaron una gran carpa y una serie de graciosas aventuras de animales amaestrados, llamaron la atención de todos los pibes del barrio.

El tío de Pica, cada vez más chocho, se empeñó en que se conocieran las andanzas y heroicidades de su sobrino, y un buen día vino a nuestro diario y habló con el Director, el cual lo mandó al Sr. Bloser, que es un notable dibujante, y desde ese día las aventuras de Pica se escriben y se dibujan con extraordinario empeño.



Las ocurrencias de Tucutá

Tucutá era un pobre niño huérfano, tenido a menos por la mayoría de la gente en un lejano poblado del Norte.

No tenía mamá, ni papá, ni hermanos, ni parientes, ni amigos, y como no tenía con quien hablar, se acostumbró a vivir en un silencio interior extraordinariamente maravilloso. Pero un día, entre los muchos días de su vida, alguien le obsequió un cajón de piano agrietado por todas las lluvias del mundo. Tucutá lo limpió con cariño, le puso un respiradero viejo, lo arregló conforme a sus puntos de vista estéticos y acomodándose lo mejor que pudo dentro de él, colgó de sus paredes este hermoso letrero: "Hogar, dulce hogar", no porque tenía un concepto de su significado, sino porque había oído pronunciar aquellas palabras a unos niños que regresaban del colegio y las grabó en su cabecita como una canción.

Cuando la gente advirtió que Tucutá tenía casa propia, comenzó a fijarse en él, y todos aquellos que le habían despreciado el verano anterior, empezaron por dirigirle una mirada de cariño, un saludo cordial, una pregunta sencilla.

Y nuestro hombrecito se sintió más firme en la vida, y aunque era parco de palabras, sus gestos y sus modales tenían la elocuencia de los grandes actos. Pero a Tucutá, como a todos los seres que no han tenido la suerte de nutrir sus almas con ideas propias, porque para eso se necesita ilustración y él no la tenía, un sordo instinto de imitación comenzó a dominarle.

Todo lo que oía o veía en las personas mayores, trataba de oír o ver él también, y como eso no se puede hacer sin dinero, edad, criterio y muchas otras cosas que Tucutá tampoco tenía, fué imposible convencerle que, lo más prudente, era abstenerse de semejante chifladura.

Y así fué como Tucutá — el pobre y respetuoso Tucutá de aquel lejano poblaco del Norte — comenzó a hacer reír a la señora de una casa vecina, adonde solía ir de vez en cuando y se quedaba en ella cuidando y haciendo jugar a un "bebé" llorón.

Esta señora relató las ocurrencias de Tucutá a dos o tres amigas que fueron de visita; de éstas llegó a oídos de diez o veinte personas más, y en la misma forma que las vibraciones del agua se agrandan en círculo hasta adquirir proporciones ilimitadas, el nombre de Tucutá fué de boca en boca, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, hacia todas las latitudes del mundo como un maestro del humorismo, hasta que las razas de todos los climas se enteraron de su existencia y desearon conocerlo.

Entonces un hábil dibujante, que se llama Carver Pusey, lo llevó a la historia de los niños y lo trajo a Buenos Aires por intermedio de JORNADA con sus más graciosas ocurrencias.

Una tertulia fantástica

Una noche, una de estas últimas noches de semana, terminaba mi trabajo y ponía en orden las carillas cuando una señal de presagio interrumpió el silencio de la estancia, estremeciéndome de angustia: desde muy lejos, casi podría decir el abismo, porque yo había creído de tal manera que tuve la embriaguez del vértigo, algo impreciso y absurdo se hizo sentir en forma que no podría explicar concretamente.

Pero como debo cumplir la promesa a que me ví obligado en ese trance, trataré de explicarla con claridad, pues va en ello una desesperada ansiedad de reposo. Fué una voz de insomnio o un movimiento de ansiedad, impuesta a mi conciencia por aquellas carillas, envueltas en una voluptuosidad de caracteres negros, algunos de ellos perfectamente legibles; su mayoría, decapitados, enmendados, tachados, aplastados por gruesas líneas que encerraban una efímera insolvencia de expresiones.

Sobre esos despojos de realización frustrada, la figura de un inquieto chiquillo comenzó a animarse adquiriendo formas concretas y exclamando con toda naturalidad:

—Eres injusto con nosotros. Nos has colocado en esta posición incómoda y te quedas lo más campante.

—¿Yo?

—Sí, vos, nuestro creador detestable.

—Pero quien sos vos que así hablas.

La figura trató de apartar una carilla que parecía molestarle y como él no podía acomodarse mejor sin mi auxilio, clamó dulcemente:

—Te prometo estar quieto si me libras de este obstáculo. Demasiado sufro con esta tortura de mi existencia plana.

Yo había comenzado a descender con tal apresurada realidad, que me sentí súbitamente más pequeño que mi propia estatura. Sólo así pude observar cómo aquella figura comenzó a vivificarse en movimientos y adoptar una sorprendente delicadeza de tonos y de formas dando sensación de volumen admirablemente lograda.

—Soy — dijo — la realización de Los Cebollitas. He nacido ahora mismo, de la ansiedad con el Capitán y el Barbudo, pero es necesario concretar primero mi absoluta contrariedad con vos.

Iba a replicarle, cuando nuevas figuras, animadas todas de un realismo suntuoso, comenzaron a insinuarse sobre las carillas dispersas en mi mesa.

Cada figura fué anunciándose con naturalidad y así pude ver a Ranita y su barra, al Capitán y al Barbudo, a la señora del Capitán, a Dedalito y Spaguetti, a Don Cuerito, a Bubi, modelados todos en una nueva conciencia, pero cristalizados en ese embrionario plástico que tanto amargaba a Cebollita.

Comprensivamente magnánimo me apresuré a colocarlos en condición de que pudieran actuar con libertad, pero uno de los Cebollitas — ¡tenían que ser ellos! — opinó que no era correcto sostener una animada tertulia desde una postura horizontal, y pidióme con modales que me dejaron atónito les colocara de manera vertical, como es común en mis semejantes.

—No tengo inconveniente — contesté — pero como ustedes no pertenecen a la vida real, es decir, no son personas de volumen físico, pueden actuar libremente desde cualquier posición.

—No, señor — replicó Ranita — incurre Vd. en un olvido imperdonable; acuérdese que nos han sacado de la vida real quien quiera que fuere para encajarnos en estas páginas de colores; y en cuanto a su criterio de negarnos volumen físico, puede usted estar acertadísimo, pero ello no autoriza a negarnos un volumen espiritual consolador. Obedezca, pues, a nuestros deseos, sino quiere que le armemos un titeo más grande que el pasaje Barolo.

—¡Pero esa es una imposición! protesté indignado.

—¿Nos hemos impuesto al Capitán y no nos vamos a imponer a Vd.? ¡Avise!

—Es una imposición impostergable — exclamaron a coro todos aquellos extraños huéspedes de la noche.

Siempre había dominado yo lo imprevisto, pero una imperiosa curiosidad pudo más que aquel recurso instintivo y acaté el mandato con cálido interés por acercarme a esa inexplicable sucesión de sorpresas; y fuí parándolos y ordenándolos en forma adecuada al rango que cada personaje tiene en las historietas. Terminada la absurda tarea, Los Cebollitas iniciaron los reproches, cuya transcripción taquigráfica logré obtener fácilmente y de cuya autenticidad puedo dar fe con el original, remitido dos días después a la Junta de Historia y Numismática para su análisis y discusión.

Es este:

—Y bien, amigo, — dijo Cebollita mirando al Capitán, aquejado de gota — usted nos ha dado posiblemente un valor común, una movilidad y una expresión ordinarias; rasgos de ansiedad y hasta un agudo sentido de la verdad, pero nosotros — como usted podrá notar — hemos adquirido una nueva personalidad, un elevado resplandor de vida; la misma grandeza metafísica de las almas que, habiéndose despojado de su envoltura física, ven desde los altos cielos, un conjunto deleznable de seres y de cosas sin importancia.

—Caramba ¡Vds., con esas palabras tan sonoras!

—¡Nosotros, sí! — gritó Ranita—. Nosotros, que somos los amigos de los niños y nos reímos de los grandes. ¿Le parece raro?

—¿Qué opina Vd. Capitán?

—¡Oh, señor! Usted los ha educado a mis sobrinos con ideas subversivas contra mi y ahora se atreve a preguntarme ¿qué opino?

—Perdone...

—Demasiado ha sufrido el pobre viejo para perdonarle — gritó la señora.

—¡Hola, hola! ¿Usted también?

—¡Yo y todos, creador detestable!

—¡Esa es una imputación que no le pertenece!

—¡Me apropio de ella, como cualquier vulgar periodista!

—¡No se lo permitiré!

Mientras tanto la barra de Ranita, Dedalito y Sspaguetti, el Capitán y el Barbudo, comenzaron a armar un batifondo descomunal.

—¡Es necesario concretar de una vez por todas lo que Vds. quieren!, grité.

Las figuras guardaron silencio durante varios segundos; luego, se congregaron en torno a Los Cebollitas y deliberaron en voz baja, mientras yo volvía a elevarme hasta una altura fantástica.

Ranita habló en nombre de todos:

—Queremos salir en las páginas del diario para jugar con los chicos de verdad.

—¡Imposible! — contesté.

—No hay nada imposible amigo, — sentenció Spaguetti.

—Yo quiero, — dijo Dedalito —, molestar un poco más a Spaguetti.

—¡Imposible! — gritó Espaguetti.

—Menos tomaduras de pelo — pidió el Capitán.

—Más tranquilidad — exigió el Barbudo.

—¡Otros giles! — pidieron Ranita y su barra.

—¡Se abusa de mi mansedumbre! — mintió el Gordo.

Y una gritería ensordecedora, me aturdió en tal forma que creí que iba a volverme loco.

—Lo único que les prometo — dije — es dejar constancia en el diario de este debate desagradable.

Las figuras volvieron a reunirse en consulta secreta.

Luego, el Capitán, sumiso y obsecuente, dijo:

—Bueno... aunque sea eso... cualquier cosa...

Les contemplé con pena. Estaban vencidos. Volvían a mi, sumidos, obedientes, como deben ser, y recogiendo las carillas me despedí magnánimo. Y esto fué todo.

PUZZLE PARA NIÑOS



HAY SIETE ERRORES

ESTE NIÑO acaba de ser sorprendido ante el esplendor de un palacio antiguo, pero, si nuestros lectores miran atentamente al dibujo, encontrarán en él siete errores. ¡Búsquelos!

PUZZLE PARA NIÑOS



¿QUIEN ENLAZA MEJOR?

TEX, el rubio cowboy, el negrito Zambo y el mono Miko, están empeñados en enlazar un caballito de madera. Hay que encontrar cuál de los tres lazos ha caído en el cuello del pobre animalito y lo retiene prisionero. Tomen un lápiz y sigan el recorrido que hace el lazo desde la mano de su dueño hasta su extremo opuesto y lo sabrán

LE SANCY

Tricolor

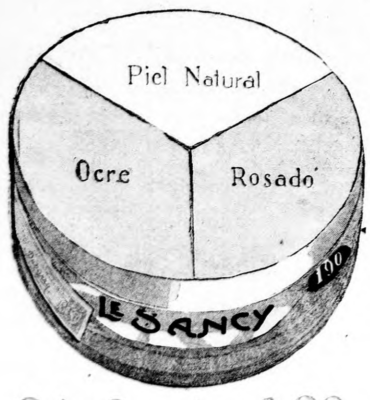
UNA sola caja de polvos, de un solo tono, en el tocador de una dama elegante, es algo del pasado.

Las señoras que se preocupan celosamente de su estética femenina, necesitan, para destacar sus encantos, tener al alcance de sus manos tres tonos de polvos: ocre, piel natural y rosado.

La caja de polvos Le Sancy TRICOLOR resuelve este problema de estética femenina.

Manejando el cisne como si fuera un pincel, pueden lograrse todos los efectos deseados combinando los tres tonos para realzar o atenuar los detalles del rostro, escote y brazos.

No deben mezclarse los Polvos Le Sancy con otras marcas no transparentes, pues se anularán sus efectos cromáticos.



Caja Grande $ 1.90






Caja Media 0.70

Cajas: Piel Natural, Rachel, Ocre, Rosado, Morocho
y en la caja patentada Tricolor.